

También abundan entre los escritores chilenos las anécdotas más o menos ingeniosas.

Cuesta trabajo, no obstante, recogerlas, porque escasean entre nosotros los libros de memorias y confesiones o de simples recuerdos personales e íntimos, como aquel que escribiera Lastarria, por ejemplo, bajo el título de "Recuerdos literarios", aunque más para hablar de sí mismo que de los demás.

Espigando entre los que existen y aprovechando, además, la tradición oral, pueden recopilarse algunas anécdotas dignas de ser difundidas.

La existencia de Don Vicente Pérez Rosales (1807-86) es una de las más movidas y pintorescas de que hay, entre nosotros, memoria.

Hijo de una familia acaudalada y de buena sangre, que apoyó, desde el primer momento, la causa de la Independencia, algunos de sus miembros fueron confinados por Osorio a Juan Fernández o debieron exiliarse en Mendoza, tras el desastre de Cancha Rayada. Con ellos fue el niño Vicente. En la ciudad cuyana le tocó presenciar el fusilamiento de Luis y Juan José Carrera, así como en su hogar le correspondió ver de cerca a O'Higgins, San Martín y demás próceres de la época.

En 1821 fue confiado a Lord Spencer, comandante de la fragata británica "Owen Glendower", para que disciplinase su carácter discol. Lord Spencer lo llevó consigo, pero lo abandonó en Río de Janeiro, donde pasó dos años librado a su propia suerte. Gracias a la intervención de Mary Graham, fue traído a Chile a bordo de la fragata "Doris".

En 1825 partió a Europa, a bordo del transporte "Moselle", junto con otros estudiantes. En París frecuentó buenos colegios, entre ellos el Liceo Hispano-Americano, fundado por Silveira y del cual era profesor Don Leandro Fernández de Moratín. Se aficionó al teatro y estuvo en el estreno de "Hernani", de Víctor Hugo. Presenció la revolución contra Carlos X. De allí pasó a Hamburgo. En 1830 estaba de vuelta.

Su familia había empobrecido. Para sostenerla, arrendó el fundo "Baldomávida", sin perjuicio de poner en Cunaco una fábrica de aguardiente a la europea. La fábrica le produjo dinero hasta el día en que se le ocurrió rotular el producto como "Cognac chileno" y no como "Old Champagne Cognac".

Abrió entonces una tienda y hasta ejerció de médico yerbatero, porque conocía como pocos la Botánica chilena.

Después explotó sucesivamente, a lo largo de los años, una mina de oro en un cerro de la provincia de Colchagua; un fundo para engordar animales vacunos; el comercio de ganado entre la Argentina y Chile, a través de diversos pasos cordilleranos, en compañía de baquianos fieles; casi todos contrabandistas profesionales; los más peregrinos oficios en la Argentina; la minería en Copiapó; los lavaderos de oro en California; la colonización en las actuales provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue, por especial encargo del Ministro de Montt, Don Antonio Varas.

Las valiosas experiencias acumuladas en esta última actividad decidieron al Gobierno a enviarlo a Alemania (Hamburgo) como Cónsul y agente de colonización. Trabajó amistad con el Barón de Humboldt; visitó Dinamarca, Rusia, Inglaterra y España; escribió en francés un "Ensayo sobre Chile" y en castellano su "Manual del Engordero Chileno" y un curioso "Diccionario del Entrometido".

En 1859 fue nombrado Intendente de Concepción. Durante veinte años fue parlamentario; "pero al revés de Vicuña Mackenna, que hablaba semana tras semana, él no abría la boca sino muy de tarde en tarde para decir algo breve y razonable". En 1880, la Sociedad de Fomento Fabril le confió su presidencia.

Poco antes de morir escribe su libro cumbre, "Recuerdos del pasado", a ruego de Don Luis Montt, hijo de Don Manuel. Se resistió bastante porque no se sentía escritor.

"Recuerdos del pasado" —observa González Vera— es una pequeña Biblia. Puede releerse y sorprende, cuando se vuelve a empezar, como si fuera la vez primera. Es un libro en que se emparejan lo novelesco con lo verdadero; la estadística con el humor; la pintura de seres humanos con la exaltación de la Naturaleza. Pueden repasarlo con gusto las personas de oficios más dispares. Ha sido y es el más valioso instrumento para reconstruir la vida inicial de la República. De sus páginas brota un poderoso aliento positivo. Debería hojearlo todo joven en el momento de tomar rumbo propio". (González Vera, "Algunos", p. 237).

Pocos varones chilenos más completos que él: fue mozo, contrabandista, agricultor, industrial, minero, comerciante, pintor, periodista, Cónsul, Intendente, parlamentario, explorador, colonizador, fundador de ciudades, escritor.

"Tuvo pocos prejuicios. Nunca aceptó nada sin examen. Su vena humorística lo salvó de cualquiera afectación. Si algo le salía

mal, con el mismo ahínco emprendía otra suerte de trabajo. Así fue desde su adolescencia. La sabiduría que recogió viviendo permitiéndole resolver dificultades que no habrían podido vencer varios individuos juntos". (González Vera, ob. cit., p. 236).

Cuando trabajaba en la agricultura se le presentó un joven tan animoso y emprendedor como él. Era pobre y veíase desaliñado. Sus pantalones se hallaban rotos. Don Vicente le obsequió uno de los suyos. ¡Ironías del Destino! Porque ese mozo era nada menos que Don Matías Cousiño, el poeta del carbón, que habría de llegar a ser la primera fortuna chilena. El favor no lo olvidó jamás Don Matías, tanto, que, a la vuelta de los años, en la cúspide de su situación, llamó a Don Vicente para recordárselo y para ofrecerle cuanto necesitase. Pero Don Vicente, carácter independiente, junto con darle las gracias, le rehusó la ayuda. Prefería bastarse por sí mismo.

Ni la parálisis que lo postró al final de su larga existencia le hizo perder el buen humor. Poco antes de expirar le dijo a su amigo Don Waldo Palma, pensando en los ausentes:

—Me voy. La delantera no más les llevo. Díles a todos que allá los va a esperar su viejo amigo...

*Prof. Verónica Calvo*